

## Condiciones de «actualidad» de un sistema filosófico

Aún no ha cesado para muchos—fariseos o irreflexivos—el escándalo de que se pretenda «actualizar» filosofías tan antiguas como las de Santo Tomás o Santo Agustín. Mientras tanto, lo que ayer fuera deseo y promesa, hoy se va trocando en logro y son cada vez más los pensadores que, sin inmutarse ante las diatribas de los otros, proclaman que estas ingentes figuras, cuya fiesta se celebre solemnemente año tras año, tienen la inexhaustibilidad y la frescura de lo eternamente actual.

Pero precisamente por esta su asombrosa riqueza de contenido, rehuyen la recapitulación en un breve acto de aniversario y, por otra parte, resulta triste tener que desflorarla, tener que dar por necesidad una idea enpequeñecida, dimidiada, de su propia grandeza. Es frecuente traducir sus teorías a términos de actualidad y hablar, por ejemplo, de la actualidad de su estética, de sus ideas sociales, etc.; ¿no será posible escoger con magnanimidad el todo, no dejar nada fuera del campo enfocado por nuestro discurso? Difícil; pero, si posible, vale la pena intentarlo: hablemos de la actualidad del Angélico y de San Agustín y de la filosofía escolástica, pero no en este o en aquel dominio, sino en todos (1). Será

---

(1) El intento mismo es de actualidad notable, en este año centenario de San Agustín.

posible haciendo una filosofía del concepto de «*actualidad*».

En nuestras meditaciones sobre tan sugestivo tema, se ha interferido otro concepto no menos actual y sugestivo: ¿qué es el «*intelectual*» y cuáles sus relaciones con el «*filósofo*»? Si, además, el desarrollo que de ambas nociones haremos sirve de algo para fijar las *condiciones de actualidad* de un sistema filosófico, habremos plenamente cumplido nuestro intento, aun cuando sólo a iniciar aquí alcancemos.

### I. En torno al concepto de actualidad

A). ¿Qué entendemos por actualidad? Actualidad es vigencia social en determinado medio, aquí y ahora. Es presente, no pasado ni futuro; pero presente disecado, presente detenido y contenido en formas que le den alguna consistencia e insistencia, presente que se afirma contra el pasado y aspira a perdurar en un cierto futuro.

Hay grados — que no podremos aquí analizar — tanto en esta su insurgencia frente al pasado, como en su ambición de futuro: la actualidad que se reconozca hija del pasado, aun cuando reivindicque para sí una figuración propia, una personalidad, será *tradición*; la actualidad que reniega del pasado — al cual, quiéralo o no, debe su vida o las circunstancias que hicieron posible su vida — es *revolución*; la actualidad que, en venia de reconocimiento, se vuelve hacia un pasado glorioso y pretende imitarlo, será *renacimiento*, si la norma tomada del pasado llega a calar en el temple vital de los individuos y de la época, si es de algún modo asimilada vitalmente y revivida; será neoclasicismo, neoromanticismo, etc.— un «*neo*» afectando a algo, si sólo se consigue la resurrección aparente, la imitación fría de lo vanal y externa, de las formas vacías, no llegando a ser revivido por un grupo, sino, a lo más, por alguna individualidad aislada.

También hay grados en la proyección hacia el futuro: hay «*notas sensoriales*» de actualidad efímera que ya es, ya no es; hay he-

chos o problemas, o doctrinas, que son la «nota del día, del mes, del año»; hay «*modas*» que nacen con pretendida vocación de fugacidad, pero que se imponen sólidamente; hay la *actualidad generacional* de lo que nos moldeó cuando el barro aún era plástico y que perdurará de un modo o de otro tanto como nuestra figura; hay la actualidad de esas ideas hechas por una *cultura*—como dijo Spengler—«vida de nuestras vidas y sangre de nuestra sangre», cuya presencialidad, cuyo positivo influjo en el presente, con frecuencia se nos oculta porque su actualidad no es la de lo hecho, sino la de lo fluente, la de la directriz, la de la función variable que se desarrolla en una serie de términos siempre diversos y nuevos aunque siempre soportados por una misma fórmula perennemente actual. Hay, en fin, la actualidad de lo inmutable, del siempre en presente, de *lo eterno*, y tal es la de la verdad, aun de la verdad perseguida como oscurantista. Toda actualidad es un caudal de tiempo represado, que al fin se desbordará para dar paso al curso de lo histórico.

Pero la actualidad no sólo tiene una perspectiva temporal, sino también otra espacial; si no podemos negar actualidad entre nosotros a los problemas domésticos de pueblos muy alejados, es porque nos están *de algún modo presentes*, con presencialidad incluso de contacto, de *vivencia* en nosotros, mediante alguna «*noticia*».

Y he aquí cómo la actualidad no podrá explicarse últimamente sino recurriendo a algo psíquico, a nuestra experiencia íntima, y, por cierto, no a una experiencia que yo sé mía por el recuerdo, sino a una experiencia mía en presente, que ahora—aquí y ahora estoy de algún modo viviendo. Mas no basta esta nota de presencialidad para dar carácter de actualidad a algo que ocurre—que de algún modo *me ocurre*, aun cuando sea un suceso de que yo no soy sujeto agente ni paciente—¿Cómo será esto posible, que a mí me ocurra lo que no es mi acción, ni efecto ni motivo de mi acción? Por lo mismo que yo conozco una realidad y de algún modo tengo en mí su imagen y figura, sin que yo pierda por ello mi propio ser y figura: por el conocimiento, por la noticia.

Un paso más: la noticia tendrá sólo la fugacidad del instante, de lo que pasa inmediatamente a la trastienda del recuerdo o del olvido, de lo pasado, si no tiene *para mí un interés*; sin ser interesante no logrará la consistencia e insistencia de la actualidad, la ambición de contener en lo posible la llegada de un futuro que matará a la actualidad. Y el «interés», en su sentido profundo no es precisamente lo que con superficialidad llamamos «interesante» en la tertulia o en la calle; también lo enojoso, lo pesado, lo baladí, puede ser interesante si con rigor usamos esta palabra: aun lo que me resulta molesto, lo que yo desprecio al parecer, puede estar en la dirección de mi interés. Mi interés es la resultancia de mi carácter y de mi personalidad y de toda mi experiencia pasada y de todos mis proyectos para el porvenir. El interés, aplicado a la imaginación o fantasía es lo que hace que, entre los múltiples recuerdos que de suyo puede sugerirme la palabra «blanco», a mí y aquí y ahora me recuerde precisamente uno, uno precisamente: nieve y no azucena, porque soy alpinista y estoy preocupado con la excursión de mañana; o tal vez algo tan raramente asociado a lo blanco como la idea de muerto, porque, por un mecanismo del tipo de los utilizados por los psicoanalistas, fué vestida de blanco como por primera vez, en mi infancia, se me presentó la muerte en la de un amigo íntimo. El interés, aplicado a la atención, es lo que me libera, aun sin yo proponérmelo, de la caótica muchedumbre de impresiones que recibo en cada momento por mis cinco y más sentidos, y me entrega a la meditación de una idea sola. El interés, aplicado a la acción, es lo que constituye mi autenticidad, lo que, por debajo de mis acciones y decisiones esporádicamente malas, hace que yo siga prefiriendo el bien, y siga —«en el fondo», como se dice vulgarmente— siendo bueno.

La actualidad supone, pues, presencialidad—reparemos en que presencialidad y presente, tiempo presente o actual, convergen en su raíz—presencialidad, digo, al menos como noticia cargada de interés. Sólo falta que añadamos la nota social de ser extensiva a un grupo humano, cuanto más extenso mejor, y tendremos la esen-

cia, la definición de actualidad: *presencialidad con vigencia social y alguna extensión en el tiempo de algo que me afecta por lo menos como noticia cargada de interés*. Subrayemos una vez más esta nota de «interés», pues no es la actualidad otra cosa que la proyección social de la atención.

Dos definiciones quedan así apuntadas, funcional la una y formal la otra, que nos permitirían seguir ahondando en la estructura y contenido de la actualidad con solo preguntarnos; pero ¿qué es lo interesante para una época, lo que atrae la atención de una generación? aquello atraerá la mirada e interés de la sociedad, como del individuo, que está en la dirección de sus *pretensiones* y *preferencias* y también de sus consiguientes *necesidades* (1). Para nuestros fines no nos importa seguir ahondando, antes nos conviene de momento volver al plano, más superficial y próximo a la experiencia, del «interés»; ya que menos difícil es observar qué interesa o puede interesar a nuestro tiempo, que precisar lo que realmente pretende, o prefiere o necesita.

Así pues, si lo que tiene vigencia social en mi entorno, no está sin embargo en la dirección de mi interés y no dirige de algún modo mi pensamiento y mi acción, si no participo en la actualidad más que como receptor pasivo que la recoge a título de información viviré fuera de mi tiempo y seré un inauténtico 'hombre de mi tiempo o, como diría Max Scheler, un «filisteo», un sujeto sin autenticidad. Claro que, por otra parte, siendo la verdad omnipresente por eterna, vivir fuera de mi tiempo en la verdad inmovible, lejos de ser pecado contra la actualidad, será prestar el supremo servicio que se le puede prestar: depurarla y elevarla sobre su misma duración efímera, hasta la perenne duración de lo eterno, de la verdad. Se sirve a la actualidad y en ella se vive, aun cuando, rechazando sus errores, se buscan a sus problemas soluciones dignas de eternizarse como la verdad.

---

(1) Ver JOSEF PIEPER: «Actualidad del Tomismo» (Madrid, Ateneo, 1952); págs. 10-11.

Así fué Santo Tomás hombre de su tiempo, estando contra su tiempo; porque, aceptando los problemas de su tiempo, formuló soluciones que estaban sobre su tiempo, en la región pura de la verdad.

De problemas estamos hablando, estamos relacionando las nociones de problema y de actualidad; porque en el orden de las ideas asimiladas y vividas—el más hondo en la cultura—, son problemas el contenido propio o la materia capaz de revestir las vestiduras y las formas de la actualidad. Los temas son eternos: siempre se habló de belleza, siempre se habló sobre distribución de riquezas y organización social; siempre se habló de Dios, siempre se habló de bien y de mal, de moralidad; siempre, de precios justos y abusivos, de intercambio lícito e ilegal. Pero la actualidad, lo actual, es el problema de si la belleza debe o no, ser el objetivo del arte, a lo que muchas escuelas artísticas responderán—solución blasfema para otros tiempos—negativamente y tendremos ya en marcha a la poesía surrealista y a la pintura de nuestro Picaso; lo actual es el problema de si la riqueza deberá ser comunal y de si el Estado deberá ser autoritario; actual, el ansia existencialista de encontrar un saber de salvación, y cuál será en nuestros tiempos de eclipse, para extensas regiones, de lo divino y de la religión; lo actual será el problema de conciliar el imperativo moral con ciertas condiciones de vida, de nuestra vida moderna en un mundo empequeñecido y empobrecido y embriagado de velocidad y de acción y de técnica y de excitantes fuertes como drogas.

Importantes consecuencias resultarán de esta conexión entre actualidad y temas y problemas, lo cual nos mueve a preguntarnos, ¿es que sólo hay novedad de problemas, no de temas? ¿y qué es «novedad»?

Mas no deberemos seguir adelante sin recoger los motivos, interesantes para nuestro tema, encontrados en el anterior análisis de la actualidad. Reparemos en su forma suprema, que es la actualidad propia de la verdad; tachar de inactual a un sistema, será, o

negar su verdad, o sentir tan bajamente de nuestra época como sería negar que hoy la verdad pueda ser interesante.

La precisión, por otra parte, apuntada respecto al sentido del interés en cuyo seno la actualidad se estructura, nos ayudará a justipreciar el escaso alcance que debe concederse al gesto displicente con que muchos contemporáneos oirán la lección de la escolástica; que hoy el interés preferente se polarice en otras direcciones, casi no vale la pena negarlo. La técnica, el valor pragmático, son algunas de esas direcciones cuyos tristes frutos está devorando nuestro mundo en crisis; pero el interés por la verdad no podrá ser estirpado: es constitutivo del hombre. Su radicalidad y hondura se refleja en su amplitud y extensión; no sólo la verdad reconocida como tal, sino incluso la verdad pretendida, si mienta valores fundamentales, deberá interesar a las inteligencias sinceras.

Pero además de la actualidad de la verdad, deberemos reconocer a la escolástica también la cultural; no puede negarse que la escolástica amamantó a nuestra cultura occidental y que la enseñó a expresarse con rigor filosófico, científico; lo que de ningún modo puede atribuírsele, es la responsabilidad en la crisis que nos angustia, forjada a sus espaldas. ¿No debería esto bastar para escuchar su nombre con simpatía y añoranza?

Incluso la actualidad generacional merece que le otorguemos, a una filosofía que tantas palabras de aliento puede hoy decir a nuestra angustia, y tantos de nuestros anhelos puede satisfacer con su metafísica abierta a las cosas y a Dios. Pero todavía no ha llegado el momento de precisar los motivos plenamente actuales que debe recoger en el rico campo de la escolástica.

Si la ausencia de una condición puede explicar que, a pesar de todo, hoy todavía juzguen algunos inactual a la escolástica: la falta de «noticia», es decir, la ignorancia. Gracias a Dios aun esta condición podemos decir que hoy se cumple dentro del mundo filosófico; numerosos y valiosos cultivadores de la filosofía han tomado a la escolástica como tema de sus elucubraciones apoloéticas y teóricas o simplemente históricas, y ni siquiera a quienes

otros sistemas profesan deja de estar presente. Quien hoy se ríe de la escolástica, o no es filósofo, o ignora que sólo para su ignorancia resulta inactual un sistema que miles de pensadores profesan, o al menos aprovechan en las más varias formas.

La posible actualidad cultural y hasta generacional que atribuímos a la escolástica, hace que con *autenticidad* hoy puedan muchos hablar en escolástico, porque los viejos principios han sido vitalmente asimilados; no imitación fría de lo banal y externo, sino pensamiento asimilado y revivido intenta ser y ya es nuestra escolástica. Por eso nos suena a inadecuada la denominación de «neoescolástica» con que se la conoce. ¿Acaso será «renacimiento», más bien? Ni esto es adecuado; mejor diríamos, simple fidelidad a la «tradición», al espíritu. No tanto repetir, aun cuando sea con autenticidad; sino progresar, ir adelante sobre sus mismas directrices; las novedades, en el más estricto sentido, no faltan en los tratados escolásticos hodiernos y aun es deseable que sean cada día más numerosas. Acaso esto es lo que pretende significar ese prefijo, alusivo a la novedad, antepuesto a la escolástica de hoy; única justificación plausible de su impropiedad manifiesta.

De nuevo desembocamos en el estudio de la «actualidad» en sus conexiones con la «novedad».

B) Toda actualidad cultural es novedad en algún sentido; aun cuando se presenta como renacimiento o como fiel discipulado de una tradición. Sólo en los *productos muertos* de la «cultura», que contraponemos a ésta cuando la distinguimos de la «civilización», cabe el servilismo del repetir; pero la *auténtica* cultura, que es forma de vida y viviente ella misma, no sabe de repetición; sino a lo más, de fidelidad a la constancia de una norma, de ejemplaridad: al repetir los viejos motivos siempre introducirá su personal modulación y, como el intérprete musical inspirado, recreará al interpretar lo tradicional.

Reparemos en las razones de este paradójico hecho: la inestable realidad vital que por definición es cambio, devenir y alumbrar.



miento de efímeras *actualidades* inexorablemente avocadas a perderse en un pasado irrepetible e irreversible, deberá enfrentarse sin remedio con problemas nuevos o formulados con *novedad*; a los cuales las viejas teorías habrán en consecuencia de responder también en términos de novedad, aun cuando, fieles a sí mismas, enderecen las corrientes de lo nuevo por cauces de perennidad. Cada época verá las viejas doctrinas, a que acaso ajusta su pensamiento y su conducta, a través de sus propias necesidades y desde la altura de su situación en la historia y de su horizonte vital: si en ellas o por ellas encuentra una solución a sus problemas, podrá aceptarlas, organizándolas en torno a tales problemas; si no colman las propias necesidades, cabrá que busque su complección o que renuncie a ellas o que, rebelándose contra la irrazonable realidad de su tiempo, trate de reformarla adaptándola a las viejas normas reconocidas como irrefragable verdad. En este caso último hay novedad de aplicación; en los otros, la novedad cala más hondo, hasta el plano de lo teórico y normativo, aun cuando en la práctica no se presente con pretensiones de reforma. Forma o reforma de la cambiante existencia histórica, la cultura se vive—como la existencia misma—en términos de evanescencia, de entrega al instante lábil de lo *actual* irremisiblemente abierto a la *novedad* de lo que adviene.

Mas entendámoslo bien; esto, que algunos han desorbitado concluyendo que todo—la verdad misma—es histórica, hablando con justeza sólo es una condicionalidad que la historia impone a la vigencia de la verdad, no a la verdad misma: sólo a través de una constante recreación en los individuos y en las épocas puede la verdad eterna o una doctrina cualquiera ejercer un imperio indeclinable sobre lo histórico; y este su estar sujeta a una constante recreación, hace plausible su patencia a una no menos constante innovación; recreación e innovación que—ya está claro—no afectan en sí a la verdad, sino a su conocimiento y a su formulación y a sus aplicaciones y a la conciencia de su importancia y urgencia. La realidad histórica es casuística infinita, individualidad

irrepetible, aun cuando esta procesión de *novedades* desfile bajo el cielo incommovible de la eterna verdad y sobre el pavimento perdurable de naturalezas sólidas, permanentes; pues bien, la cultura es encarnación de lo ideal en lo histórico, en las *novedades* que desfilan al paso de lo histórico, matizada ella misma de cambiante *novedad*.

Solamente lo ahistórico, lo abiográfico—la máquina, por ejemplo—repite sin novedad; el hombre repetirá si, abdicando de su humanidad, realiza funciones de máquina; o si, renunciando a su historicidad, se convierte en *extraño*, inauténtico hombre de su tiempo. Pero ni renunciar a su humanidad ni a su historicidad le es dado más que en cierta medida, y por eso aun en la copia o en la repetición pretendidamente servil, un cuidadoso análisis descubrirá la nota diferencial, la *novedad*: ¡tan consustanciales son al hombre la humanidad y la historicidad; a los productos del hombre viviente e histórico, la novedad!

Pues bien, solamente lo nuevo es materia apta de actualidad; no es la actualidad, no es lo que constituye algo en actualidad, sino materia de actualidad, lo que *puede ser* actualidad. No todo lo nuevo es actualidad; pero solamente lo nuevo puede ser actualidad y toda actualidad es novedad. En ello tenemos un indicio de que toda actualidad está cargada de «interés», pues siempre resulta interesante de algún modo la novedad. Ahora ya podemos transformar la descripción de la actualidad, simplificándola: *novedad con vigencia social y alguna extensión en el tiempo*.

Mas insistamos en estudiar la novedad; si todo presente histórico-cultural contiene novedad, ya vemos que en él puede no ser todo nuevo; pues cabe lo tradicional y lo renacido y aun lo eternamente verdadero. Más decimos: que en el plano más profundo de la cultura, constituido por las concepciones del universo, no cabe la absoluta novedad. No, por de pronto, la novedad del tema sino—como ya dijimos—sólo la del problema.

En los dominios de la civilización, de la técnica, y aun de la ciencia, sí cabe la completa novedad. Ejemplo de algo comple-

tamente nuevo cuando se descubrió, lo tenemos en la electricidad. Pues esta manera de novedad no cabe en los estratos culturales más profundos: no, en la concepción del universo. Es imposible vivir vida de hombres, racional, sin una concepción del ser y de la vida misma; junto con la razón, la naturaleza ha depositado en nosotros un libro cerrado que se titula «Concepción del Universo», y no podemos tomar posesión y uso de nuestra razón sino empezando por deletrear este libro: en él se nos enseña a usarla y a usar *racionalmente*—con un sentido—de las cosas y de la vida.

Y resulta que la concepción del universo es un todo; cualquiera que ella sea, debe darnos una respuesta a ciertas radicales preguntas que toda razón se formula; le son a la razón tan connaturales y necesarias como al ojo la luz o el aire al pulmón y a las alas. Cabe, sí, la novedad de la formulación, del planteamiento, del problema en sí y hasta—con ciertas limitaciones—de la solución; pero no la del tema. Y aun la novedad admisible en la solución es tal que se refunde en novedad de problema; pues o viene determinada por la formulación misma del problema, o a su vez deberemos hacerlo materia de una ulterior interrogación hasta fundamentar su novedad en la eternidad de un primer principio irreductible ya a problema y tan necesario a la razón como el tener una concepción del universo y, en fin, por ambas cosas precisamente, no sujeto a novedad. También podrá suceder en otros casos que, al cuestionar ulteriormente sobre una solución—reduciéndola a problema—, paremos últimamente en la consignación de un hecho irrefutable, ya incuestionable, de experiencia. Pero entonces estaremos fuera del dominio de lo que irreductiblemente y con rigor es concepción del universo; a no ser que se trate de una experiencia tan radical como la misma concepción del universo, en cuyo caso no habrá tampoco respecto de ella novedad.

Por tanto, en los estratos más hondos y fundamentales de la cultura, sólo respecto de problemas cabe la novedad y la estricta

actualidad (1). Claro que todo problema podrá formularse en forma de tesis resolutoria, de solución a demostrar, de tema en fin. Pero que sólo aparentemente lo sean los temas privativos de una época, de una actualidad, se prueba porque los tales son reducibles a otros más universales y perennes que, rebasando cualquier actualidad, fueron motivo—es decir, *tema*—de pensamientos y de acción para todas las épocas. Temas, irreductiblemente serán temas, aquellos motivos cuya importancia y perennidad se manifiesta en la insistencia con que, a lo largo de la historia, nos salen al paso planteando a cada época problemas nuevos; son temas eternos cuya perennidad tiene las fuentes en su gran contenido de humanidad, en su conexión íntima con los más constantes intereses del hombre. Refiriéndonos a ellos no es adecuado hablar de la *perennidad del problema*—locución contradictoria, pues el problema que no es resuelto a lo largo de siglos, en modo alguno será de importancia vital—; hablemos, pues, sólo de la *perennidad del tema*, el cual se desenvuelve en la historia a través de una pluralidad de formas o de formulaciones nuevas del mismo problema, que nos trae cada época junto con su peculiar solución; y esto es la actualidad.

¿Cómo el problema pone en marcha la actualidad y, revistiéndose de sus formas deviene o llega a ser tal, es decir, actualidad? he aquí un tema, que a su vez es magno problema, en cuya solución juegan un interesante papel las urgencias de la vida, la influencia de las ideas y de los pensadores.

Concluamos. Si pues en esos estratos culturales la novedad siempre va soportada por una invariancia digna de llamarse eterna, y si sólo es concreción *actual* de un tema eterno; si incluso en los otros más superficiales estratos de la cultura la completa novedad es extraordinariamente rara, deberemos ser cautos y no de-

---

(1) La novedad, y por tanto la actualidad, es sólo de lo problemático o de problemas; ahora bien, el problema se encuadra en temas eternos y lo problemático sólo es motivo de disquisiciones intelectuales en cuanto incluye una exigencia de ser elevado sobre su propio problematismo hasta la teoría o la verdad supratemporal.

jarnos fácilmente deslumbrar por la actualidad. Toda novedad ficticia supone una incomplección de la verdad, que fácilmente inclina al error; la complección sólo podrá llegar cuando se haya probado hasta dónde es ilusorio su carácter de novedad. Y tengamos en cuenta que la *actualidad*, cuando no se confiesa manifiestamente como renacimiento o vuelta hacia atrás, siempre contiene una desorbitada pretensión de novedad; inmergírla en los caudales majestuosos del pasado, es limpiarla de este pecado original con que de ordinario aparece.

Mas el tema de novedad y actualidad, decisivo para nuestro intento, exige una ulterior consideración: respecto de la concepción del universo no hay novedad de temas, hemos dicho, sino sólo de problemas y de soluciones reducibles a problemas; ahora deberemos añadir que, sin embargo, sí cabe hablar de una multiplicidad de concepciones del universo irreductibles.

Ponderemos ante todo el alcance de estas dos tesis: si reflexionamos sobre la demostración dada de la primera y sobre la aceptación en que tomamos los conceptos de tema y de problema, descubriremos que su indubitabilidad radica en la simplificación previamente operada en los términos: nos hemos estado refiriendo a la *formalidad* de concepción del universo, prescindiendo de su materia o contenido; no resultaría demasiado impreciso reducir la conclusión, que lógicamente resulta de nuestras anteriores consideraciones, a la tesis de que *toda nueva concepción del universo no por nueva deja de ser concepción del universo*; lo que, si resulta obvio y casi tautológico, hemos creído conveniente desarrollar para salir al paso de quienes, con sobrada precipitación, tachan de inactual o ininteresante a una concepción del universo o una filosofía sólo por haber florecido en pasadas centurias. Nuestra réplica ahora resulta clara: no seamos presuntuosos desorbitando la novedad, ni seamos superficiales tachando, con excesiva precipitación, de ininteresantes para nuestro tiempo a concepciones del universo que sólo por serlo habrán tenido que tratar los mismos *temas* que hoy nos apasionan; por el contrario, es más lógica la opuesta presunción, a

saber, que toda concepción del universo resulta interesante y puede dialogar provechosamente con nuestra actualidad mientras no se demuestre lo contrario. Cuándo este diálogo no tendrá sentido, cuestión es que en posteriores páginas resolveremos.

Si ahora nos hacemos cargo de la novedad posible en cuanto a la materia o contenido de la concepción del universo, dos casos extremos son posibles: cabe la máxima novedad de una concepción del universo radicalmente distinta de las demás, y la mínima novedad que solamente lo es de aplicación o del problema, única posible dentro de una misma concepción del universo.

Sin duda toda novedad que afecte a la concepción del universo cristaliza en torno a un problema; sólo cuando sobre la ya poseída recae un acento de problematicidad, el agitación de los espíritus que ella debiera proporcionar, se abre a la inquietud y a la crisis de que surgirá «lo nuevo». En toda época de crisis o de transición, la actualidad se cifrará en problemas y en la consiguiente inquietud. Pero épocas hay de disfrute, de confianza en un haz de soluciones o ideas tenidas como indiscutibles y suficientes para satisfacer las necesidades de la hora; no parece adecuado reducir la novedad de tales momentos históricos a un puñado de problemas, sino de soluciones. Mas ya dijimos cómo toda solución integrable en una concepción del universo y capaz de novedad no sólo surge a impulsos de un problema, sino que además ella misma es reducible a problema. La diferencia entre las épocas de crisis y las de disfrute se reduce precisamente al grado de su novedad; como el niño se asusta ante lo desacostumbrado y nuevo, el hombre, débil, precisa racionalizar la realidad para calmar su inquietud; es decir, precisa fundamentar toda novedad en principios anteriores, eternos, rasgando el pretendido disfraz de lo nuevo. Aun cuando víctima de su ambición soberbia se presente una época como heraldo de radicales novedades en materia de concepción del universo, si no es época de crisis, se engaña y precisamente al escaso margen que concedió a la novedad debe el no haber caído en la crisis; en ella, pues, la novedad de las soluciones será tan de detalle que se

reduce a novedad de aplicación, es decir, de problemas. En armonía con esta descripción de las épocas de disfrute, podríamos describir la crisis como inquietud ante una novedad irreductible, que precisamente por su irreductibilidad — es decir, por nuestra ignorancia del proceso a seguir para reducirlo a normas previas, anteriores — se nos presenta como inquietante problema. Sólo en un caso la novedad podrá rebasar el plano de la mera aplicación o del problema: cuando alcanza incluso a los principios que se aplican, es decir, cuando radicalmente se extirpa, no del propio ánimo sólo, ni sólo de un grupo, sino de la sociedad, una concepción del universo y otra se pone en su lugar. La dificultad y extraordinaria rareza de tal subversión, verdadero «cambio copernicano», salta a la vista, y todavía será mayor la dificultad de ganar a la sociedad para la nueva concepción, sin lo cual lo único que se habrá conseguido será inocular el virus de la crisis enfrentándola con los más radicales e inquietantes problemas. Con justeza podrá decirse en este sentido — no en otros — que una concepción del universo es en sí irreformable y que es un todo indivisible: «sistit in indivisibili», como las esencias, a pesar de su complejidad.

## II. *Condiciones de «actualidad» de un sistema filosófico*

A) Llegamos, por fin, a la culminación de nuestro tema; de lo dicho no será difícil deducir las condiciones suficientes y necesarias que deberá cumplir un sistema filosófico para poder interesar a una precisa actualidad.

Si los temas eternos se vierten en problemas cambiantes al correr de los tiempos, si los problemas que constituyen la actualidad en el orden de las ideas sólo son modulaciones y aplicaciones y formulaciones especiales de temas o principios eternos, no será ucrónico ni extraño a nuestra época postular la vigencia de viejos idearios que los trataron; pero ni será traicionar a esos viejos idearios, el modularlos, el buscar en su seno la novedad de una solución para la novedad de los problemas actuales. Este, creemos, es

el más profundo e insoslayable sentido de la consigna dada por León XIII a los pensadores católicos: «*Vetera novis augere*». ¿Novedad? ¿nos habla de novedad el Papa que proclamó al Angélico guía de la Filosofía Cristiana?

La primera (1.<sup>a</sup>) condición necesaria para que una filosofía pueda ser actual, se funda en lo expuesto últimamente y dice: sólo aquellas filosofías o partes de una filosofía integrables en la concepción del universo peculiar a un momento histórico, pueden ser plenamente actuales.

Importa que quienes dudan de la viabilidad de una filosofía escolástica abierta a los intereses «actuales», reflexionen sobre la transcendencia de su duda; en puridad ésta será lógicamente justificada si se admite, o la quiebra de la concepción cristiana del universo y de la vida, o que la vinculación de cristianismo y escolástica es tan poco íntima, que puede haber dejado de ser interesante hoy, incluso para el pensador cristiano, la filosofía que sirvió de cauce durante siglos al progreso dogmático y teológico. Y todavía se comprenderá mejor la gravedad de tales supuestos si se considera que, cualesquiera que sean las peculiaridades de la escolástica, en cuanto concepción del universo es, en sus manifestaciones más puras, reflejo fiel de la concepción cristiana. No se trata, pues, de si el dogma es independiente de cualquier sistema filosófico, problema cuya solución afirmativa suscribimos; la condición de actualidad que comentamos, prescindiendo de la respuesta que a tal problema se dé, sólo exige que la filosofía en cuestión sea integrable dentro de la concepción del universo actual; y no se puede seriamente poner en duda que la escolástica pueda integrarse en una concepción del universo cristiana; venimos pues a parar en lo mismo: ¿es que tal vez la concepción del universo de nuestra época ha dejado de ser cristiana? Que quienes motejan a la escolástica de trasnochada e inactual carguen con el grave compromiso de la respuesta; aun si se concede «la crisis del cristianismo», la concepción cristiana no habrá dejado de tener actualidad en tanto la crisis no se resuelva en bancarrota reconocida e irrepara-



ble; pues la crisis no niega, antes urge, la actualidad de lo en crisis.

No se opone a la primera esta otra (2.<sup>a</sup>) condición, ciertamente no exclusiva: toda verdad supratemporal puede ser actual, aun cuando el serlo no es un privilegio de la verdad. Esta *posibilidad* se sigue con *necesidad* de las esencias del hombre y de lo verdadero; en efecto, el hombre está constitutivamente abierto a la verdad; podrá no interesarse por una precisa verdad, pero siempre le interesará la verdad que viene a liberarle de un error positivo. Si esto lo referimos a los problemas de concepción del universo, respecto de los cuales no cabe la preterición o el encogerse de hombros, deberemos afirmar incluso que la posesión de una concepción del universo conveniente centra el máximo interés del hombre. Negar, pues, actualidad a la filosofía escolástica y a la concepción del universo en ella implicada—radicalmente cristiana—, será un eufemismo; lógicamente es su verdad lo que se niega, o incluso la existencia de verdades absolutas. Claro que la lógica con frecuencia falta, para bien del pensador a veces, y lo que realmente se pretende al condenar la escolástica es sólo rechazar sus métodos, sin advertir que lo nuclear en un sistema filosófico no es la forma expositiva.

En la supratemporalidad de los temas propios de una concepción del universo, podemos fundar otra (3.<sup>a</sup>) norma de actualidad: toda concepción del universo puede y debe interesar a una actualidad cualquiera por cuanto alude a temas de perenne interés y actualidad. Mas el interés en esta condición apuntada puede ser el meramente arqueológico, y privativo por tanto de un grupo intelectual; todo ser racional precisa tener una concepción del universo, pero, supuesto que la tenga y en ella encuentren satisfacción sus exigencias racionales, podrá sin dificultad negar su atención a otras concepciones o estudiarlas sólo como piezas de museo; aun cuando en su calidad misma de ser concepciones del universo hay un motivo objetivo suficiente para polarizar el interés del hombre reflexivo. ¿Qué ni con tales limitaciones podremos aplicar esta norma a la filosofía escolástica, a no ser respecto del

elemento no estrictamente filosófico ni escolástico en ella implicado, es decir, respecto de la concepción cristiana del universo que se salva en filosofías no escolásticas e incluso en formas del saber no filosóficas? Sin dificultad lo concedemos; pero tal objeción no puede hacerse respecto de las dos normas o condiciones de actualidad antes fijadas, ni anula radicalmente el valor de la tercera: la filosofía escolástica, por lo menos en cuanto concreción típica y ejemplar e históricamente importante, seguirá teniendo en sí una carga objetiva de interés capaz de atraer la atención de una actualidad cualquiera; además, dentro de nuestra personal teoría, la concepción del universo ni se opone a la filosofía, ni se identifica con ella, sino que hay concepciones del universo enteramente extrañas a la filosofía y otras puramente filosóficas y otras mixtas de filosofía con diversas formas sapienciales. No está fuera de lugar, pues, hablando de las condiciones de actualidad de un sistema filosófico, apuntar que toda concepción del universo, sólo por serlo, tiene en sí calidades que la permiten ser interesante para cualquier actualidad, aun cuando no todas estén «de moda»; la moda es lo más efímero de la actualidad, cuando no la más efímera actualidad, tan efímera que quien a una concepción tache de no ser actual en este sentido demostrará con esta misma objeción su escaso alcance mental; tomarle en serio sería hacerle honor inmerecido.

Las anteriores tres condiciones se fundan en otros tantos caracteres de la actualidad ya destacados: la primera, en el amplio margen de novedad posible respecto del contenido de la concepción del universo; la segunda, en la actualidad imprescriptible de la verdad eterna; la tercera, en la escasa novedad formal de las concepciones del universo.

Vamos a formular una cuarta (4.<sup>a</sup>) condición; fundada especialmente en ciertas características del filosofar; dice: sólo un sistema filosófico abierto y capaz de progreso puede servir a una actualidad distinta de la que lo formuló.

Bien merece ser aparte y extensamente tratada esta decisiva condición, que se dá la mano con otras alusivas, no ya a la *posible*

actualidad— como todas las anteriores—, sino a la rigurosa actualidad de hecho: (5.<sup>a</sup>) sólo aquellas posiciones filosóficas interesan de hecho a una generación y son con todo rigor actuales, que *reconocidamente* satisfacen las pretensiones y preferencias y necesidades de la época. Y, en fin, (6.<sup>a</sup>) sólo aquellos sistemas del pasado lograrán actualizarse, que consigan reestructurarse con novedad en torno a las novísimas experiencias vitales e ideales de la época (1).

Mas antes de cerrar estas generalísimas consideraciones, bajo una luz nueva nos va a permitir ver el problema estudiado la consideración de las dispares funciones que, frente a la actualidad, competen al intelectual y al filósofo.

#### B) *El Intelectual y el Filósofo frente a la Actualidad*

Nuestras disquisiciones en torno al concepto de «actualidad», también para esclarecer la cuestión presente habrán de servirnos.

Un ensayo de Lain Entralgo sobre «el intelectual» ha dado vigencia de *actualidad* al tema eterno de la función social de la verdad. El «Correo Literario» del 15 de marzo se hizo eco de los rumores que en torno a él corren entre los corros de quienes por vocación y profesión auscultan la actualidad: Díganos usted el intelectual, «qué debe entenderse por intelectuales...» Lógico será que el así interpelado se autodefina al pretender definir al «intelectual». Capciosa pregunta; sofística pregunta, que implica una petición de principio; exigente pregunta, que ignora la dificultad de alcanzar la sabiduría del «conócete a tí mismo»; pregunta sin rubor, que exige la confesión de las metas a que uno tiende con empeño y desesperanzada esperanza de alcanzar. No siempre la actualidad es lo que ella pretende o se cree, y hasta puede que sólo ilusoriamente se atribuya la «actualidad». Pregunta sin embargo interesante, necesaria; había que hacerla, bien vale la pena

---

(1) Bien lo expresa RAMON XIRAU en «Sentido de la Presencia», pág. 10 (México, 1953).

de poner en aprieto a las próceres inteligencias al hacerla, porque de lo que alguien sea penden sus derechos y deberes y su adecuada función social.

Ya en lo anterior hemos puesto «actualidad» donde más concretamente debimos aludir al «intelectual»; porque creemos que sólo en términos de actualidad, y en función de ella, cabe definir lo que hoy entendemos por «un intelectual». Frente a la etimología y a las teorías, apelamos a la práctica, al uso y hasta al abuso. Y frente a las acepciones amplias que lo identifican con «el hombre cuya vocación consiste en expresar la verdad» (Lain Entralgo), es decir en «ver lo real» (Ortega), y dedicarse «a la teoría» (J. Marías), o con el hombre que cultiva su inteligencia y «conoce el gaudium de veritate» (Corts Graus), o con «el que vive de su pensar» (P. Caba), o con el escritor (Díaz Plaja), distinguiremos la más estricta y *actual* acepción que vamos a precisar. A ello nos induciría, si otros motivos no hubiera, la diversa extensión que las varias definiciones apuntadas atribuyen al concepto definido; si las redujéramos a un común denominador, veríamos que tal diversidad no se explica sólo por la mayor o menor precisión en que se toma el concepto, la cual indudablemente admite grados; no podríamos representarlas por una pluralidad de círculos concéntricos, sino por círculos que se cortan y así nos patentizan la diversidad de puntos de vista desde los que han sido formuladas. Cada una, desde su punto de vista, dice verdad; una verdad parcial, no totalizadora y exclusivista como debe serlo toda estricta definición. Mas la definición que buscamos habrá de ser totalización, no como suma de las varias extensiones que se atribuye al concepto definido, ni como suma—en sentido inverso—de las condiciones exigidas por las varias definiciones; deberemos elevarnos a un superior punto que nos permita englobar en una perspectiva única las varias facetas anteriores, recogiendo su porción de verdad, y precisándola o delimitándola por su coexistencia con las otras porciones, y redondeándola conforme a las exigencias del superior punto de vista.

Con acierto se atribuye antonomásticamente al intelectual la inquietud por la verdad, la mirada espectante al maravilloso ser, la dedicación a la teoría, el gozoso cultivo de la inteligencia; la primordial dedicación vocacional a la profesión de pensar, las inquietudes del escritor; pero no basta esto para definirlo. Todos distinguimos hoy, cuando hablamos con rigor, entre el físico puro y el intelectual; entre el matemático que apura gozoso la belleza de un teorema y el intelectual; entre uno cualquiera que vive de su pensar o de su escribir, como un autor de novelas policíacas, y el intelectual. Pero, lo que más nos sorprenderá, sin que su atención tienda primordialmente a la captación teórica de la verdad o del ser, no podremos negar el ditirambo de «intelectual» al poeta que a través de su poesía consigue descubrir una concepción de la vida valiosa para la actualidad; y un Sócrates, que piensa no para vivir ni aun para escribir, también hoy será un intelectual.

Lo indudable, sí, es que un técnico no será, por técnico, un intelectual. No lo será el profesional—cualquiera que sea su profesión—en cuanto tal; ni aun el profesor de Filosofía. No lo será el investigador por investigador; ni aun el que investiga sobre un aspecto cualquiera de la vida o de la sociedad con el afán de logros científicos. No lo será el historiador que se limite a historiar, a no ser que una previa elección acertada del tema, haga de la historia un paradigma ejemplar para las inquietudes de la actualidad. Para tipificarlo, pues, no bastará contraponerlo al técnico o al profesional o al hombre de acción; no bastará ni aun será justo contraponerlo al artista; siquiera se acerque más a lo exacto, no bastará presentar la estampa del que medita «sobre las regiones de la realidad histórica, social y política» (Muñoz Alonso); pues también éste podrá ser un profesional o un investigador de la Sociología y de la Historia. Todas las definiciones antes aludidas son por una parte demasiado amplias, entre otros motivos porque deberán ser precisadas incluyendo en ellas una referencia a la «actualidad».

El intelectual debe hablar a la actualidad, sobre los problemas

acuciantes que constituyen la actualidad «social y política y cultural». Poco importa que lo haga en prosa o a través de bellas ficciones poéticas, en arrebatadora elocuencia de tribuno o en anagrama representable o representativo; sin que esto sea decir que la forma es indiferente, pues si lo hace con la precisa contención de las fórmulas y leyes científicas fundamentadas en una demostración estricta, habrá rebasado las funciones del puro intelectual para convertirse en investigador o científico de la sociología o de cualquier otra ciencia del espíritu. Lo que sí poco importa, es que la savia de su intelectualidad proceda de la Física o de la Sociología; de la Historia o de la observación directa; de la Religión o de la Filosofía; siempre que su atención esté polarizada por los problemas y la observación de la viviente actualidad. La amplitud del ámbito en que pueden moverse las inquietudes del intelectual, tan extraordinaria como vemos, hace que sea «filósofo» en el sentido etimológico y primitivo de la palabra, aun cuando no todo filósofo auténtico forma en el cuadro de «los intelectuales».

Sin embargo su extensión no cubre totalmente, ni mucho menos, la del «homo intellectualis» que podríamos consignar en una tipología de los caracteres humanos, y ni aun la del «homo theoreticus» o científico, según ya vimos. Precisemos, pues, la relación del científico con el intelectual en el caso concreto y más difícil en que ambos se interfieren o coexisten. Si el científico, por serlo, no merece ser llamado intelectual —ni siquiera el científico de lo social— tenemos derecho a pensar que aun el intelectual, el cual con frecuencia en el ejercicio de sus funciones propias se encuentra con logros de auténtica ciencia, no será intelectual precisamente por éstos. Lo importante y difícil es discernir las causas de tal hecho. A primera vista parece que se explicaría suficientemente por un peculiar carácter de la materia sobre que trabaja: lo social, lo humano, rebasa las limitaciones deterministas, es el dominio de la libertad y de la prudencia. No nos detendremos en rechazar esta especiosa ocurrencia; no en un carácter de la materia sobre que trabaja, sino más bien de los métodos de trabajo, encontramos la

explicación: al no ser estos científicos, el logro científico será casual. La institución y la cordura y el buen sentir y la delicadeza de espíritu y la genialidad de la invención y la ocurrencia especiosa y la prueba esbozada bastan para merecer un puesto entre los intelectuales; por eso el «hombre de ciencia» acusará fundadamente al intelectual de *diletantismo*; mientras éste acusará no menos fundadamente al científico puro de volver las espaldas a la vida, es decir a la actualidad, hablando un lenguaje inoperante en las masas por ininteligible. Como el dominio de la Filosofía, según muchos autores (1), es el de las realidades para cuyo análisis las ciencias todavía no han logrado el instrumental adecuado, el más propio dominio del intelectual son los problemas sobre que, por su complejidad o por cualquier otro motivo, todavía no ha recaído la solución unívoca y suficientemente fundada de la filosofía; y aun todos los otros problemas implicados por una integral concepción del universo, serán materia de disquisición para el intelectual, en cuanto con sus peculiares métodos puede formular soluciones que superan a las filosóficas o científicas en inteligibilidad y virtud operante para una precisa y amplia actualidad.

Si la escasa precisión de los métodos dan un carácter deleznable en lo científico a las producciones del mero intelectual, su gran importancia en lo social resalta por la extensión y hondura de su influencia. Acuciado por un expreso anhelo de influir en la actualidad iluminándola, normándola, descargando o encauzando sus inquietudes, solucionando sus problemas, invitándola ejemplarmente a una fructífera autoobservación, el intelectual ocupa un lugar preeminente en el proceso complejísimo por el que la idea y lo ideal influyen sobre la cultura y la historia; si el intelectual no es previamente captado por el materialismo histórico, éste habrá fracasado en su ambición de conducir en exclusiva la historia.

---

(1) No estamos con quienes así conciben la Filosofía; nuestras palabras tienen un valor puramente heurístico, son un simil esclarecedor y un argumento «ad hominem».

Mas no confundamos el intelectual con el periodista, vigía en las encrucijadas de la actualidad; ni con el técnico en un saber cualquiera, que soluciona los problemas de cada día; el intelectual ca-  
la en la subconsciencia de la actualidad y soluciona profundos problemas de concepción del universo que no pueden ser manipulados con las pinzas de ninguna técnica. Con brioso empuje podrá el periodista arrebatar un puesto entre los intelectuales, menos difícilmente que otros profesionales; también el filósofo (1) cuenta para ello con privativas ventajas, pues le bastará aplicar su cerebro, filosóficamente conformado, al estudio de la actualidad y sintonizar su lenguaje al entendimiento de amplios sectores: *hacer* — que supera al *divulgar* — una *cierta* teoría — interesante para la actualidad — y exponerla en un *cierto* lenguaje — ampliamente inteligible para la actualidad —. Quien esto consigue ha logrado la grandeza y la servidumbre del intelectual.

Un recorrido histórico mostrará cómo nuestra estampa conviene a los grupos «intelectuales» de otras épocas. Los primeros filósofos, que por atisbo y ocurrencia proponían concepciones racionales del ser y de la vida superadoras de las incoherentes metáforas míticas, filosofaban «a lo intelectual»; también Aristóteles y Platón fueron, además de filósofos, intelectuales que filosofaban sobre todo «lo humano y lo divino», no sólo en el sentido de hacer filosofía, sino en el sentido —lo hemos precisado en otro artículo— en que filosofa el intelectual o cualquier escritor profundo. En la época helenística, que buscaba fórmulas *convenientes* de vida más que certezas, abundaron los intelectuales con pretensiones logradas de filósofos. Pero el prototipo del intelectual antiguo lo vemos en el sofista —descarguemos esta denominación de su sentido peyorativo— que, en posesión de un método universal de disputa, dialectizaba sobre cualquier tema de general interés. En el Medievo, las funciones del intelectual se las atribuyeron los clé-

---

(1) El filósofo debe atender sobre todo a las conexiones de esencia, no fácticas.



rigos, exclusivos detentadores de todo el saber y aun de toda la pretensión de saber—como buenos intelectuales—de su tiempo. Y llegamos a la época moderna, en cuya cancela nos salen al paso sus más conspicuos artífices con la librea del intelectual humanista. En línea directa, la estirpe renacentista prolifera con el iluminismo y el enciclopedismo en diversos tipos de intelectuales, que crean el *ensayo* y banalizan durante el siglo XVIII las altas empresas del espíritu y, en el XIX, ya se alzan soberbios contra el altar y el trono y democratizan primero y proletarizan luego, ya ensayan apologías conciliadoras de la fe con la razón, ya se remansan en la placidez del ensayo estético y transcendentalizan las enseñanzas de la Historia, ya se erigen a punta de crítica en directores de la Literatura impulsando la creación de numerosas escuelas artísticas, ya intentan modificar la concepción misma del universo e incluso su visión; el virus del intelectual acabó por contaminar al filósofo y al científico, al artista y al escritor, al explorador y al naturalista, al economista y al político, al teólogo y hasta a muchos cerebros de cultura media. No es la menor recomendación de nuestra teoría sobre el intelectual, esta su proyección posible a todas las épocas de la Historia.

Mas antes de abandonar el tema cerremos el paso a otras dos posibles interpretaciones: el intelectual, se podría decir, defínese por el punto de vista de la totalidad o del interés múltiple en que se coloca. No basta; hay sujetos acuciados por interés múltiple que, por encauzarlo dentro de las rígidas estructuras científicas, no estarán convenientemente encuadrados en el grupo de los intelectuales; tal, el *polígrafo* multiespecialista, el que aspira a la posesión de un saber no, por enciclopédico, menos especializado y riguroso con el rigor peculiar a cada una de las ciencias que cultiva y con una cierta especialización sucesiva o alternante. Ni basta un punto de vista cualquiera sobre la totalidad; pues en uno se coloca el filósofo y en otro el simple intelectual: la totalidad que ante su mirada tiene el intelectual, y que unifica y centra su aten-

ción, es la actualidad; el punto de vista totalizador y unificante, las necesidades, intereses, realidades de la actualidad.

En esta primordial atención a la actualidad, va implicada, y de ella deriva, esa otra nota del intelectual que califica a su proceder metodológico situándolo en un plano precientífico o postcientífico. Precisamente por centrar su preocupación en torno a la multiforme actualidad, cuyas exigencias o necesidades a veces urgentes e inaplazables desbordan las posibilidades de nuestra limitada ciencia, deberá recurrir a la improvisación y al atisbo precientíficos; o bien, cuando la solución de los problemas actuales ya existe—inoperante y enigmática—en los tratados científicos, vulgarizarla y darla eficiencia y vigencia social, lo que llamamos labor postcientífica del intelectual.

La utilidad de lo anterior para esclarecer el problema de la actualidad de un sistema filosófico, salta a la vista. Hemos desplazado el problema de si una vieja filosofía *puede* ser actual, a estos otros términos: *¿debe?* ¿se exigirá con sentido y derecho a una filosofía que sea actual? La respuesta es negativa en un sentido, pues no al filósofo, sino al simple intelectual, urge cumplir esta función de hablar a los intereses de la actualidad; en otro sentido, componiendo esto con lo dicho en apartados anteriores, afirmamos que, aun sin mirar primordialmente a la actualidad, el filósofo en su búsqueda de la *verdad* se encontrará con resultados útiles para su *actualidad* y hasta generalmente para toda actualidad. Pero si, aun alumbrando regiones del ser con luz de verdad, un sistema filosófico no resulta interesante para una precisa actualidad, es impropio increpar por ello a tal filosofía, cuando el impropio debe dirigirse a la obcecada actualidad; sólo el relativismo cohonestaría en tales casos el que a un sistema filosófico se le aplique, con *insultante* acento e intención, el calificativo de «inactual».

Pero ¿es que no urgen al filósofo deberes para con la actualidad? He aquí otra interesante pregunta digna de independiente y amplio desarrollo.